

ISAACS FERRER, JORGE (1837-1895)

POESÍA

INDICE:

COLOMBIA
LA CASA PATERNA
A MI PATRIA
A CALI
FELISA
DÉBORA
LA "VIRGINIA" DE PÁEZ
LA TUMBA DEL SOLDADO
RÍO MORO
LA ORACIÓN
AMORES DE SOLEDAD
LA MUERTE DEL SARGENTO
HORTENSIA AN TOMARCHI
NIMA
LA VUELTA DEL RECLUTA
ELENA
LA REINA DEL CAMPAMENTO
LA REINA DEL CAMPAMENTO
EL CABO MUÑOZ
LA VISIÓN DEL CASTILLO
TEN PIEDAD DE MÍ
DESPUÉS DE LA VICTORIA
EN LA NOCHE CALLADA
ELVIRA SILVA
LA CORONA DEL BARDO
EL DIOS DEL SIGLO
ZORAIDA
ADORMECIENDO A DAVID
EN LAS CUMBRES DE CHISACA
¡SED BUENOS!
PRO PATRIA
A ORILLAS DEL TORRENTE
EL REGRESO
ALLÁ MUY LEJOS
LAS HADAS
LA VUELTA DE LA PALOMA

LA TIERRA MADRE
DUERME
¿SOÑÉ?
UN NUEVO MOTOR
OLVIDO
EN LA TUMBA DE UN SUICIDA
¡DESCANSA, GUERRERO!
LA TIERRA DE CÓRDOBA
EN LOS DESIERTOS DE ARIGUANI
LA NOCHE LLEGA
RIMA
IRA SANTA
SU SOMBRA
MARTINA Y JACINTO

COLOMBIA

En las noches azules de verano
su airón de fuego el Puracé levanta;
huella del arquitecto soberano,
huella, no más, de su divina planta.

Raudales y torrentes abrillanta,
dora los montes, y en el verde llano
ni aun a la prole del turpial galano
el eco ronco de su trueno espanta.

De tu yelmo, Colombia, ante la lumbre
luciérnaga es el fuego de ese monte,
lodo la nieve de su altiva cumbre;

el mundo de Colón es tu horizonte;
y mientras haya esclavos bajo el cielo,
habrá libertadores en tu suelo.

LA CASA PATERNA

Desierta la campiña... . el sol poniente:
azuladas las cumbres del oriente:
la selva umbrosa....'el límpido raudal....
al fin bajo tus bosques te diviso,
paterno hogar, hermoso paraíso
que sin culpa perdí; cuán bello estás!

Sobre el azul turquí de la montaña
la techumbre destácase, que baña
con amarilla luz el arrebol,
como en las gayas tardes de verano
en que, del fruto de mi siembra ufano,
vine a buscar aquí sombra y amor.

¿A quién le rogaré me dé la entrada,
si extraño y pobre vuelvo a la morada
donde la infancia y juventud pasé;
si no querrá su poderoso dueño
que espante sus lebreles con mi leño,
ni que le deje el polvo de mis pies?

Muchas veces llamé, mas no responden...
¿por qué, cual las palomas que se esconden
en los sotos, hogar no encuentro yo?
Son los mismos dé entonces sus arrullos,
los mismos de la selva los murmullos,
él mismo de los prados él olor.

¡Selfia! ¿dó fuiste nuestros pobres hijos
después de padeceres tan prolijos,
a ocultar, cuando todo lo perdí?
Tú, 'cuya mano recogió en mi frente
el sudor en mi afán ; niña inocente,
¡Ay! con tu llanto lo mezclaste al fin!

¿En dónde estás que el conocido acento
no te ha llevado de la tarde el viento?
¿Dónde ocultas mis hijos.... dónde están?
Óyeme y ven con ellos presurosa:
¿no ves que vuelve de la tierna esposa
el viajero los brazos a buscar?

¿No ves que herido por las zarzas vengo,
que sufro sed, y de reposo tengo
necesidad y alivio junto a ti?
El ruido de sus pasos fue una sombra

la que cruzaba del gramal la alfombra;
deliras, corazón! sueña, infeliz!

Noble el guardián de quien señor fui un día,
ti oyó mi voz en la arboleda umbría
y el techo que lo abriga me ofreció;
durmióse, y sólo recorrer ya puedo
la obscura estancia do le infunde miedo
la sombra de su antiguo morador.

Tiemblo, al crujir en el dintel la puerta...
la luz invade la morada yerta...
mis pasos repercute el artesón;
siento que vaga en torno de mi frente
hálito de sepulcros... indolente,
la péndula se mece del reloj.

¡Oh, padre! ¡padre!.... Sólo, y combatido
por el genio del mal, tu hogar querido
a la avaricia cruel le abandoné...
no me preguntes por la madre mía,
ni por tus hijos; mi indigencia haría
tu labio acusador enmudecer.

Ya tú la viste abandonar cristiana
la mansión do tu afecto soberana
hízola; el mundo la miró feliz.
Digna y humilde vive en la pobreza;
no era su galardón esa riqueza
que el vulgo la envidió; llora por ti.

¿En ese mundo ignoto donde moras
la aciaga suerte de tus hijos lloras?
¿Tú me has visto por ellos batallar?
Vigor fecundo mi flaqueza de hombre
haz, y orgullosos llevarán tu nombre,
porque las nobles almas lo amarán.

Deja al dolor herirme; ya la esposa, l
a virgen que me diste ruborosa
por compañera; del altar al pie,
abriga tu mimada descendencia
en mendigado hogar, y en larga ausencia
apuró de sus lágrimas la hiel.

Recorro enamorada su aposento:

lo engalana mi loco pensamiento
cual ella lo adornaba para mí;
aspiró de su blonda cabellera
el grato aroma que la envidia era
de los blancos rosales y el jazmín.

Encontrábala aquí festiva y pura
coceo el aura del alba en la llanura,
bella como mi mente la soñó;
menos hermosa en su radiante coche
en el ardiente julio era la noche,
que Selfia en su inocencia con su amor.

Cuando gozosa me mostró y ufana
su hija primera, cual la flor lozana
deja el botón que oculta al sol besar,
nuestras almas a ese ángel contemplaron,
y en sus labios purpúreos se juntaron
con el beso de amor, el paternal.

Cerca a su cuna, aquí, juntos velamos,
y entonces, venturosos, no contamos
las monótonas horas del reloj;
aún el melancólico sonido
marca el presente como el tiempo ido,
mas solo vela aquí mi corazón.

¡Dios de Israel! ¡oh Dios! cuya mirada
alumbra al peregrino en su jornada,
hème cual niño me postré ante tí:
mi dicha, niebla fué que disipaste,
al humilde y al pobre me igualaste;
lejos de esta mansión voy a morir.

A MI PATRIA

Dos leones del desierto en las arenas,
de poderosos celos impelidos,
luchan, lanzando de dolor bramidos
y roja espuma de sus fauces llenas.

Rizan, al estrecharse, las melenas,
y, tras nube de polvo confundidos,
vellones dejan, al rodar, caídos,

tintos en sangre de sus rotas venas.

La noche allí los cubrirá, lidiando...
rugen aún... cadáveres la aurora
sólo hallará sobre la pampa frías.

Delirante, sin fruto batallando,
el pueblo, dividido, se devora;
son leones tus bandos, ¡Patria mía!

A CALI

Cali, ciudad de las añosas palmas,
do se mece intranquilo el aquilón,
te has dormido al arrullo de las aguas
que dan a tus campiñas su verdor.

¡Ay! te has dormido, de llorar cansada,
y tienes en tu sueño por cojín
estas colinas, ora solitarias,
do huyeron tardes de mi edad feliz.

Mucho lloraste... En el extraño suelo
amargo llanto derramé también;
y soy donde nací casi extranjero:
si me niegas tu abrigo ¿dónde iré?

¿En dónde, en dónde encontrarán mis ojos
de tu hondo valle el horizonte azul,
tus bosques de perfumes misteriosos,
tu limpio cielo, de tu sol la luz?

¿Dónde el recuerdo de las leves horas
que engalanaba para mí el amor,
si sólo, de tus noches a la sombra,
se encuentra mi angustiado corazón?

Soles quemantes, cuya luz doraba
los lagos de la pampa en el confín;
y más allá las cumbres azuladas,
y, muy más lejos, cielos de turquí.

¿Acaso nunca volveré a encontraros,
como en mi ardiente adolescencia, ya?

Tristes como el que miro en el ocaso,
cuántos mis ojos descender verán....

Tarde a tus hijos sollozante llamas,
desierta te contemplo desde aquí,
y en ruinas los hogares que abrigaban
a un pueblo noble, intrépido y feliz.

Y te he mirado en las sangrientas lides
lanzándote al combate en tu furor,
limpiar tu alfanje en las nevadas crines
de tu corcel, rival del aquilón;

vibraba, cual del rayo el estampido,
tu voz en el estruendo de la lid,
ahogando cuál de débil caramillo
el delicioso acento del clarín;

siempre el ijar el acicate hiriendo,
daba tu casco deslumbrante luz;
sobre él rizaba tu pendón el viento...
¡nadie a herir se atrevió do heriste tú!

Te vuelvo a ver doliente, abandonada,
tus lauros destrozados a tus pies;
dormida empuñas las melladas armas,
y aun ciñe el yelmo tu abatida sien.

Tus campos de batalla he recorrido
que atraviesa medroso el labrador,
cuando lanza sus rayos mortecinos
desde las cumbres de occidente el sol.

De tus guerreros visité las tumbas...
sobre esas breñas a rondar aún
va el buitres hambriento que osamentas busca,
¡héroes sin gloria... túmulos sin cruz!

FELISA

Vi tardes de verano,
tardes del Cauca,
voluptuosas, risueñas,
y engalanadas;

y muchos días
fueron menos hermosos
que mi Felisa.

Tu noche con turbante
de azul y estrellas,
bordando de cocuyos
su falda negra,
patria querida,
nunca tuvo el misterio
de mi Felisa.

Vi el disco de la luna
tras lindos sotos
de naranjos, palmeras
y pomarrosas:
su luz tranquila
no tiene los encantos
de mi Felisa.

Temblar vi en los estambres
de la azucena,
su cáliz perfumado,
gota de esencia:
como ella brillan
en mi hogar las virtudes
de mi Felisa.

Errante desterrado
del patrio suelo,
un rizo y unas flores
ajan mis besos.
Prendas unidas,
como están en mi mente
patria y Felisa.

En las vegas que el Cali
raudo humedece,
nacieron estas flores;
son de *quereme*.
Dichoso un día
las tomé de las trenzas
de mi Felisa.

El bucle de su pelo
rubio-paloma,

talismán de inocencia,
rizo de novia,
dulce y esquiva,
risueña y pudorosa,
díome Felisa.

No habrá tal vez quien guarde,
si ausente muero,
estas hebras preciosas
de sus cabellos,
a un ramo asidas,
sin color ni perfume...
¡Pobre Felisa!

DÉBORA

Deja un instante que en tu seno ardiente
hallen mis besos el placer ansiado;
y escuche palpitar enamorado
tu joven corazón bajo mi frente;

sienta que se estremece dulcemente
tu talle por mi brazo circundado,
y que busca tu labio el labio amado,
mi nombre murmurando balbuciente.

Aduérmame tu voz languidecida,
sintiendo que tu mano perfumada
borra en mi frente del dolor el ceño.

Y viendo una vez más la luz querida
que puso el Hacedor en tu mirada,
cierre mis ojos de la muerte el sueño.

LA "VIRGINIA" DEL PÁEZ

A la Señora V. S

En las riberas do estruendoso el Páez
mece los bosques de *Copé* aromado,
hay una flor parásita escondida
en el ramaje obscuro de los cauchos:

tiene del lirio la gentil corola,
y luce en terciopelo delicado
las tintes de la dalia y de la lila--
llámala el montañés *La flor de mayo*--.

La admiro como a tí: nunca han podido
acariciar sus pétalos mis labios,
y aunque presiento su celeste aroma,
le busco a orillas del abismo en vano.
Y es porque el viento en las calladas noches
desciende de los Andes enlutados,
y fingiendo del aura los suspiros,
roba el perfume de la flor, avaro.

La admiro como a ti: nunca en la mía
un sólo instante se posó tu mano;
en muelle vals tu talle no ha cedido
a la presión de mi amoroso brazo.
Jamás las gasas de tu sien de reina
al soplo de mi aliento se agitaron...
eres como la flor que me enamora
en su lujoso y rústico palacio,
que tiene por alfombra las crrientes
y por techumbre los umbrosos cauchos.

De ella y de ti me seguirá el recuerdo
hasta en la sombra de mis bosques patrios;
más si eres tú, como mi flor, modesta,
y si esa flor se te asemeja tanto,
deja que lleve tu precioso nombre
la hermana que los bosques te ocultaron.
Muy pronto cantarán los montañeses
que eres tan linda cual su *flor de mayo*,
y que un poeta la llamó "Virginia,"
y por eso "Virginia" la llamaron.

LA TUMBA DEL SOLDADO

El vencedor ejército la cumbre
salvó de la montaña,
y en el ya solitario campamento
que de vívida luz la tarde baña,
del negro terranova,
compañero jovial del regimiento,

resuenan los aullidos
por los ecos del valle repetidos.

Llora sobre la tumba del soldado,
y bajo aquella cruz de tosco leño,
lame el césped aún ensangrentado
y aguarda el fin de tan profundo sueño.
Meses después, los buitres de la sierra
rondaban todavía
el valle, campo de batalla un día;

las cruces de las tumbas ya por tierra...
ni un recuerdo, ni un nombre....
¡Oh! no; sobre la tumba del soldado,
del negro terranova
cesaron los aullidos,
mas del noble animal allí han quedado
los huesos sobre el césped esparcidos.

RÍO MORO

Tu incesante rumor vine escuchando
desde la cumbre de lejana sierra;
los ecos de los montes repetían
tu trueno en sus recónditas cavernas
juzgué por ellos tu raudal; fingíme
tras vaporoso velo tu belleza,
y ya sobre tu espuma suspendido,
gozo en ahogar mi voz con tu bramido.

¡Qué mísera ficción! Quizá en mis sueños
he recorrido tus hermosas playas,
en esas horas en que el cuerpo muere,
y adora a Dios en su creación el alma;
que sólo dejan en la mente débil
pálidas tintas y memorias vagas;
pero te encuentro grande y majestuoso,
rey ponderado del desierto hermoso.

Bajo el techo de musgos y de *pancas*,
abrigo del viajero solitario,
el rudo y fatigoso movimiento
de tus ondas veloces, contemplando,
del fondo de las selvas me traían

las auras tus perfumes ignorados,
mezcla del azahar y del canelo,
gratos amores de mi patrio suelo.

Entonces una lágrima rebelde
humedeció mi pálida mejilla,
dulce como esas que a los ojos piden
caros recuerdos de felices días;
elocuente, si hay lágrimas que encierren
la historia dolorosa de una vida,
aquí llevóla indiferente el río,
murió como las gotas de rocío.

Eres hermoso en tu furor: del monte
lanzando en tu carrera tortuosa,
vas sacudiendo la melena cana
que los peñascos de granito azota,
y detenido, de coraje tiemblos,
columpiando, al pasar, la selva añosa;
las nieblas del abismo son tu aliento,
que en leves copos despedaza el viento.

¿De dó vienes así desconocido,
con tu lujo y misterios? ¿Gente indiana,
hacia el oriente tus orillas puebla
en verdes bosques y llanuras vastas,
cuyo límite azul borran las nubes
que en el confín del horizonte vagan?
Dime, ¿esas tribus que, do naces, moran,
viven felices o miseria lloran?

Pienso que a orillas del raudal velado
por grupos de jazmines y palmeras,
púdica virgen de esmeraldas ciñe
su negra y abundante cabellera;
y acaso el homicidio sangre humana
a los cristales de tus linfas mezcla,
y, al odio y al amor indiferente,
confunde despojos corriente.

Vi al pescador de los lejanos valles
tus peñas escalando silencioso,
la guarida buscando de la nutria
y el pez luciente con escamas de oro;
contóme hazañas de su vida errante,
sentado de mi hoguera sobre el tronco;

le vi dormir el sueño de la cuna,
y envidié su inocencia y su fortuna.

La fúnebre *viragua* repetía
sus trinos que saludan al invierno,
y luces de topacio y de diamante
te daba del relámpago el reflejo;
en las cavernas tu rumor ahogando,
tristes gemidos modulaba al viento;
así admiré tu pompa y hermosura
entre las sombras de la noche oscura.

Viajero de regiones ignoradas,
¡ay! ni una sola de tus ondas crespas
a encontrar volveré, ni de mis pasos
en tus orillas durará la huella.
Más celosa que el tiempo que convierte
ricas ciudades en llanuras yermas,
guarda natura su secreto al hombre
y do escribirle osó, borra su nombre.

Como burbujas en tu manto llevas,
irán los soles sobre ti pasando,
y te hallarán los de futuros siglos
como hoy undoso, trasparente y raudo.
No existirá ni la ceniza entonces
de mí, que rey de la creación me llamo,
y si guarda mi nombre el mármol frío,
lo hollará con desdén el hombre impío.

Más felices las flores de tu orilla,
nacen, al aire su perfume exhalan,
marchitas ya, se mecen en la espuma,
y mil, más bellas, sus capullos rasgan;
más felices tus ondas, al océano
van a gemir en extranjeras playas;
y yo, con mi ambición, pobre y proscrito,
de mi raza infeliz purgo el delito.

LA ORACIÓN

Gratas memorias del hogar paterno,
que acaricia mi mente enamorada,
voluptuosas creaciones del proscrito,

¡fragantes cual las flores de mi patria!
Venid conmigo a la colina triste,
por arreboles pálidos bronceada,
y escucharéis el canto lastimero
que inspirala oración al extranjero.

Sentado allí, sobre la piedra grande
que va escalando la espinosa zarza,
sobre mis manos mi cabeza débil,
melancólicamente reclinada,
miro la noche que de oriente impulsa
sobre los cielos su luctuosa gasa,
y escucho del lejano campanario
el son, en mi paraje solitario.

Acentos quejumbrosos de la tarde,
suspiros que venís de la montaña
los balidos trayendo del rebaño,
con los cantares que el labriego ensaya;
rumor confuso de sonora fuente,
helado cierzo que silbando pasas...
me alivia vuestra fúnebre armonía,
murmullos que al morir modula el día.

Óyeme ¡oh, sol! tu lívida lumbrera
bañe desde las cumbres azuladas,
cual la antorcha de un féretro, los valles
donde las sombras de la noche vagan,
la espuma argente del lejano río,
del templo abandonado la cruz parda,
mientras llegando la tiniebla impura
te arroja su enlutada vestidura.

Hora de arrobamiento doloroso,
indiferente al lloro que derrama
en silencio ante ti la desventura,
¡en él tu velo de crespón empapas!
Toma también el llanto de mis ojos,
y a saludarte volveré mañana,
sobre el negro peñón de la colina,
o entre los cardos de la triste ruina.

AMORES DE SOLEDAD

De hinojos sobre una peña,
camino de Neira está
lavando ropa en el río
la preciosa Soledad.
Por hacer tiempo golpea
tantas veces un percal,
que envidia, aun a las espumas
que van pasando, ya da.
¿Quién ha de venir del pueblo?
Sus ojos fijos están
en el último recodo,
y ha dejado de lavar:
Tres bueyes bajan cargados;
son los bueyes de Julián,
que ella conoce de lejos;
el montañés viene atrás,
alta el ala del sombrero,
sin cruz al cinto el puñal,
el calzón arremangado,
varonil e imberbe faz.

Al mirarle, ruborosa
levántase Soledad:
su montera desceñida
mal consigue aprisionar
sus bucles, que a medias velan
su cintura virginal.

--¿Qué haces, Solita, tan sola?
--¡Eh! cansada de esperar.
--¿A mí? --¿Pues a quién entonces?
Por eso has tardado más.
--Sume hubieras dicho....
--escucha: te he venido a convidar,
pues tengo la cruz más linda
de toda la vecindad,
de fresco ramo bendito
y flores de *guaranday*.
A la montaña de padre
el domingo te vendrás;
para ti la cruz se ha hecho:
si faltas te irá muy mal.
--¿Y tu padre me convida?
--Yo te puedo convidar.
--Que te quiero mucho, mucho.
--Y que yo te quiero más.

--Pero, Solita, tan pobre...
¿te quieres de hambre matar?
--¡Ello no! con tus tres bueyes,
dos novillas y el maizal,
se tiene todo de sobra;
¿para qué se quiere más?
--Y tu padre ¿que te cases
conmigo consentirá?
--¡lh! Si a todos les pregunta
si acabaste de rozar,
y dice siempre: con hijos
tan guapos como Julián
no hay monte que se resista
ni cosecha que dé mal.
--¿Y al cura se lo has contado?
--Se lo tengo que contar,
y le estoy *cogiendo miedo*
por tu culpa... --Soledad,
¿qué te he dicho contra el cura?
--Si me llega a preguntar
cuándo te casas conmigo,
¿cómo salgo del afán?
--Dile que tengo veinte años
y... --Yo catorce años no más.
--Mira: temo que mi padre
que está tan anciano ya,
por ser yo quien más le ayuda...
--¡El al fin te engañará!
¡Mis hermanas lo decían!
¡Ay! tú me engañas, Julián!
--¡No engaña quien hombre honrado
y cristiano es, Soledad;
mas de los tuyos, consejo
¡sin duda seguir querrás!
Siendo tú la montañesa
más linda del «Robledal»,
no te ha de faltar un novio
que agrade en tu casa más.
Quiera Dios que no te engañe
como te quise engañar,
--¿Qué dices?... ¿te vas?... ¿no me oyes?
¡Escucha! ¡Julián! ¡Julián!
Ve que soy yo quien te llama.
¿No me quieres escuchar?
¿No te he negado un abrazo?
Toma un abrazo, Julián.

--No llores así... no llores
que me vas a hacer llorar.
--¿Vendrás el domingo?
Creo que nunca me engañarás.
¿Y le dirás a mi padre
lo que te dije?... Es verdad?
Aún estás bravo conmigo.
¿Quieres que hagamos la paz?
Mira que vas a matarme
con tu desdén. ¿Le dirás?
--Te juro por esta cruz
ser tu marido en San Juan.
--No jures, porque es pecado
por esas cosas jurar.
Así me gustas, risueño.
El sol a esconderse va;
ayúdame a alzar la ropa.
Adiós, pues.... --¿Y nada más?
Pónla bien en la cabeza;
me la vas a hacer botar...
mira, mira que los bueyes
por el desecho se van.

Ha ganado ya la cuesta,
presurosa, Soledad,
agitado el lindo seno
por el cansancio y afán;
y sus labios entreabiertos
para mejor respirar,
casi casi se sonríen
de amor y felicidad,
recordando el juramento
y el adiós de su Julián.

Recostado en su poltrona
el anciano padre está
en la puerta de la casa
que mira al *camino real*.
Es blanca su cabellera,
noble y bíblica su faz.
--«Alabado sea el Santísimo
Sacramento del altar»,
dice la niña pisando
de la cabaña el umbral.
--«Por siempre-alabado sea»,
¿dónde estabas, Soledad?

--Lavando ropa en el río.
--Mucho lavas, ven acá.
--Fui a lavar a su merced
las camisas de aplanchar,
y me han quedado tan limpias
como flores de azafrán.
--¿A quién hablas en el río?
--¿A quién, señor, he de hablar?
--A alguno que yo conozco.
--No volveré, si hago mal...
--Oye aquí, que estamos solos:
¿mucho quieres a Julián?
¿Hoy le has visto? --Iba de Neira.
Le vi por casualidad.
--Conque ¿le quieres? --Con padre
¿cómo de eso voy a hablar?
--¿Y si me gusta? --El entonces
a su merced le dirá...
--¿Qué cosa? --Que mi marido
me ofreció ser en San Juan.
--Con su padre ya está eso
Convenido, y....--¿Es verdad?
¡Mi cruz es la milagrosa!
--En dote le llevarás
seis vacas y cuatro bueyes
que en el ható escogerá.
¿Es poco? --¡No, padre, mucho!
--Poco, si sale formal.
Nunca vuelvas sola al río;
que te busque aquí Julián.
--Sí, señor.- -Con tus hermanas
vete el rosario a rezar,
y encomiéndate a la Virgen
que buena esposa te hará.

LA MUERTE DEL SARGENTO

«¡Huyeron! ¡Victoria! ¡Jinetes, a ellos!
Cruza la llanura, que falta ya el sol.
¡Volad! quien al jefe me dé prisionero,
la espada que empuño tendrá en galardón.»

Partieron veloces. El llano retumba...
ya se oye lejana la voz del clarín.

Resisten... combaten... las armas relumbran,
la nube de polvo los vuelve a cubrir.

Las sombras velaron la pampa sangrienta,
alumbra indecisa la luz del vivac;
repiten las guardias el grito de «¡alerta!»
¿Mi nombre? Fue el viento... ¡mi nombre! ¿Quién va?

«¡Venid compasivo, mi jefe! al sargento
muriendo en la vega por fin encontré!
¡Venid, venid pronto, que os llama!» Era el ruego
que, ahogada en sollozos, me hacía una mujer.

--Sargento ¿qué quieres? --Morir más tranquilo,
ya veis: no hay remedio, me llama ya Dios.
Tan bella mi esposa... ¡mirad nuestro hijo!
Yo voy a dejarlos: cuidado de los dos.

--Y está el niño helado. ¿Tu patria, sargento?
--¿Mi patria?... ¡Mi patria jamás la veré!
¡Ay! nunca faltó el pan en su suelo.
¡Morir de la patria distante es cruel!

¡Llegad, abrigadme; mi cuerpo está helado.
Repíteme, esposa, tu santa oración....
--Sus manos convulsas estrechan mis manos,
Su vista está inmóvil... ¡no alienta!.... ¡Expiró!

Tracé con mi espada su huesa en el césped,
de ramas de sauce formé una cruz;
la hoguera prestóme su lumbre de muerte,
guardando entre brasas la llama ya azul.

La luna al alzarse, del bravo guerrero
tendido en la huesa la frente bañó.
Después.... a la viuda faltó el aliento,
y a su hijo en mis brazos volví el calor.

HORTENSIA AN TOMARCHI

Vives aún, bajo mi mano tiemblos,
y muerto para siempre te creía,
inmóvil corazón a que mi pecho
sirvió de tumba. Vives y palpitas

atento a los rumores de la noche....
¡ay! porque en otras escuchar solías,
en el gemir de los volubles vientos,
un suspiro... sus pasos... sus acentos.

Vives aún y lloras, y ya lágrimas
nunca les negarás a mis dolores:
agotadas aquellas que la dicha,
de amor, de gratitud lloraste entonces;
agotadas aquellas que bañaron
la sorda tumba que a mi amor la esconde,
despiertas al oír la voz doliente
de un corazón que cual sentiste siente.

¡Ah! no pretendas del nativo valle
oír la murmurar en los desiertos,
en los sollozos de tu amado río,
ni en los follajes del vecino huerto;
de aquellas deleitables armonías
tal vez ya nunca escucharás un eco:
al ángel de tus últimos amores
la frente ciñen extranjeras flores.

¡Cuántas horas de angustias y combates,
mientras que yo velaba y él dormía,
troqué por gloria mísera, comprada,
con los mejores años de mi vida!
¡Cuántos labios queridos intentaron
ese sueño turbar, en que yacía,
ya de rey en esclavo convertido,
mujer, el corazón que has conmovido.

Alma pura, divina soñadora,
orgullo del Creador, ¡bendita seas!
Tú que sus obras inspirada cantas,
tú que a sus pies, por los que sufren, ruegas;
tú a quien la noche muestra sus arcanos
y al sol despides, de la tarde reina,
deja vivir donde tu alma mora
a mi alma, cual la tuya soñadora.

También el mundo al trovador humilla...
turba venal que de su Dios maldice:
ya no las puertas le abren los palacios,
ni el magnate lo sienta en sus festines:
el arpa al hombro, por la tierra vaga;

asilo al pobre como a hermano pide;
y le niega un rincón en sus hogares
el pueblo que recoge sus cantares.

Esta faz que los soles del desierto
y el huracán marino han retostado,
no es la que en lloro maternal bañada
las matutinas brisas enjugaron:
de sollozar mi pecho enronquecido
y develar mis ojos fatigados,
sólo en sueños recorre el alma mía
la casa paternal, su selva umbría.

En los labios amantes, que mis labios
sedientos de placer han comprimido,
hallé deleites, mas la dicha nunca;
tras de goce fugaz, nada y hastío:
mi obscuridad ya tarde lamentaba,
cansado de la gloria en el camino:
oí tu voz y mi alma dolorida,
no hallándote inmortal, amó la vida.

Ignotas soledades, do mis cantos
en las estivas noches despertaban
lejanos ecos; estruendosos ríos,
cuyas nieblas y espumas argentaba
la luna al asomar sobre los montes,
bajo celajes de fulgente nácar;
lagos azules, lirios tembladores...
¡dadnos vuestros aromas y rumores!

Tú no sabes, paloma gemidora,
cuán blandamente mecerán tu nido
de nevado plumón las auras tibias,
bajo la sombra de los bosques míos:
tú nos has amado allí: tú no has soñado
bajo ese cielo en el pomposo estío,
oyendo de las selvas los arrullos
del Nima concertar con los murmullos.

¿Por qué el sollozo del nocturno viento
mi corazón conturba? ¿Qué recuerda...
qué ve, qué ve sobrecogida el alma,
a la luz de la luna macilenta
cruzar la sombra? Mustia... silenciosa...
despareció a lo lejos tras la niebla...

¡corazón, que al morir has despertado,
vuelve otra vez a tu sepulcro helado!

NIMA

Mora en las grutas
que forma el Nima,
bajo las lianas
de sus orillas,
sobre los musgos,
adormecida,
tan voluptuosa,
tan bella ondina,
como los sueños
del alma mía.

Cuando en sus bosques,
siendo yo niño,
de las palomas
espiaba el nido,
hallé sus huellas,
su aroma rico;
por ella el viento
bordaba el río
con flores rojas
de los *cachimbos*.

Sus limpias aguas
no hiende el cisne,
ni han reflejado
luz de jardines
de mármol y oro,
que Europa viste:
pero en el valle,
do rueda humilde,
es grande todo,
todo, ¡hasta el crimen!

En los veranos,
¡cuán dulces horas
pasé en sus bosques,
bajo la sombra,
viendo perderse
las tersas ondas,

de los guaduales
las verdes copas
meciendo, raudas
o perezosas!

La leve garza
de blancas plumas
al monte viene,
de la llanura;
asustadizas,
la selva obscura
en donde tristes
quejas modulan
dejan, y al río
van las comunas.

En los ramajes,
medio velada,
murmura a veces
la guacamaya,
y los rumores
de hojas y aguas
la voz domina
de la chicharra,
que al sol estuvo
gozosa canta.

Cuando en la tarde
los arreboles
el valle tiñen
con luz de bronce,
y silenciosa
viene la noche,
crujen asidos
los altos robles,
y mil perfumes
exhala el bosque.

He visto entonces
la ondina bella
bordar sus bucles,
en la ribera,
con los cocuyos
que errantes vuelan:
gasas de espumas
por manto lleva

que temblorosas
las flores besan.

¡Gratas memorias
de dulces tiempos
en vano sigue
mi pensamiento!
Perdido ha mi alma
su humor risueño,
¡ay! y mis ojos
el patrio suelo;
está sin lumbre
mi hogar desierto!

LA VUELTA DEL RECLUTA

La tarde se apaga, y abajo la aldea
blanquear entre sauces y pinos se ve;
rebaños que bajan al valle vadean
el río, que lame del monte los pies.

Los ecos repiten la voz quejumbrosa
que da el campanario, llamando a oración;
aquel caminante descúbrese y ora,
la frente en la mano que empuña el bordón.

¿Quién es? De su blusa los rojos jirones
a un digno soldado disfrazan quizá:
es Pablo el recluta; partió bello y joven,
los soles han vuelto morena su faz.

Dos lágrimas tiernas sus flacas mejillas
mojaron, los campos natales al ver.
Su amor y una madre dejó a su partida; .
ni madre ni amada le esperan tal vez.

Risueño y gozoso saluda, encontrando
al joven amigo que nunca olvidó.
¡Ay! ¡como los soles del Sur le cambiaran!
tan sólo responden: “Bendígate Dios...”

Teresa, la niña que tanto le amaba,
que en lágrimas tibias bañóle al partir,
hilando a la puerta de alegre cabaña

jugar a sus niños contempla feliz.

Detiene el viajero su paso y ahogan
profundos sollozos su trémula voz;
Teresa, temblando, cree ver una sombra,
su tez ha perdido de rosa el color:

¡Fue sólo un recuerdo!... sus niños la abrazan
mirando al mendigo con miedo infantil;
dos lágrimas gruesas enjugan sus palmas,
volviendo en silencio su marcha a seguir.

Sus ojos nublados la choza paterna
descubren. Es noche; responde a su voz
el viento que cruza la estancia desierta:
"Es tarde, viajero, ya todo acabó."

La luna al ponerse le vio solitario,
subirla montaña camino del Sur,
en torno del fuego, medrosos aldeanos,
que vieron su sombra, refieren aún.

ELENA

En las colinas verdes
del comarcano río
pasaba con Elena
la siesta de un domingo.
Jamás tan complaciente
brindó -á los labios míos
de mi emoción. gozosa
sus labios purpurinos:
Siguióme hasta la vega,
donde el raudal tranquilo
de las moreras moja
los maduros racimos;
huía de mí riendo,
de mi amoroso ahínco,
alrededor del soto
de naranjos y limos;
mas su pie breve y ágil
hirió tallo escondida
bajo la blanca alfombra.
La sonrosada planta

por 6n mostrarme quiso,
mi cuello rodeando
su brazo alabastrino,
y el fuego de mis besos
la dio tan pronto alivio,
que el lloro en sus, mejillas
pasó como el rocío;
pero su brazo débil
quedó a mi cuello asido,
y buscando sus ojos
los encontré más lindos.

LA REINA DEL CAMPAMENTO

Oronda como un sargento
que han ascendido a oficial,
tormento de coroneles,
Tarcila pasando va.

Su rebozo oculta a medias
un rostro lleno de sal,
con unos ojazos negros
incendiarios por demás,
compañeros de una boca
que es forzoso castigar,
por ser más roja y maligna
que un jefe dictatorial.

Con su lindo zagalejo
Juega la brisa, quizá
se luce el diablo si vuelve
viento la oficialidad;
y deja ver, maliciosa,
pies tan pequeños y tan...
que caben en una mano
sus talones de coral.

Su camisa transparente
yo no sé qué hace temblar,
cuando finge que se arropa
por descobijarse más.
En sus bordados y encajes
lo negro y la nieve van
humillados por su seno

de belleza tropical.

--Oye, Tarcila, te ruego
conmigo no rías ya,
porque me aflojas de modo
que no podré pelear.
--¿Y era con él? ¡Tan creído!
--Pero, escucha.--¡Capitán!
--Por ser tu rosario un día
me convirtiera en cristal.
--¡Mira qué lindo teniente!
--Condores ve si los hay.
--¡Y como tengo tanta hambre...
--Por un beso, dos. --¡Ajá!
--Por uno a mi gusto, cuatro,
o por la fuerza... --Valay!
Dejemir por mi camino.
--Ay, Tarcila, ven acá,
oye una cosa. --¡Ni riesgo!
Se lo digo al general....
--¡Con los dados no echo suerte!
Contigo... --Asina le irá.
¡Adiós! Suélteme el rebozo.
--Mira negra, ¿a dónde vas?
--¿Le importa? --Porque te quiero
más que ninguno. Hace mal.
--¿Con que dejas que me maten
sin?.. --¿Quién lo quiere matar?
--¡Si tengo presentimiento!
--Pues ¿qué hacer? Lo enterrarán.
--Di que sí, porque no hay paso;
si dices no, al Principal...
--¡No parecen caballeros!
¡Ay, Señor! ¡qué necesidad!

Y sigue la ardiente criolla
volviendo a ver hacia atrás,
con ojos que dicen: ¡peca!
y una risa criminal.

Andaluzas no han tenido
ni su garbo en el andar,
lo picante de su gesto,
ni su lánguido ademán.

Donde vive, no se sabe;

si tiene dueño... jamás:
caucana de nacimiento,
en Manizales está;
ni ser gordo o liberal
que con un "ni riesgo" alela
al más altivo galán.

Si hay constantes en seguirla,
es en mofarlos tenaz;
a un "¡adiós!" tuerce los ojos,
y a un "¡me muero!" o "¡ven acá!"
la puntita de la lengua
enseña con gracia tal,
que, si morder no provoca,
yo no sé qué es provocar.

Y sigue la ardiente criolla
volviendo a ver hacia atrás,
con ojos que dicen: ¡peca!
y una risa criminal.

EL CABO MUÑOZ

I

No sé si te dejo el alma;
si la llevo, no lo sé;
sólo sé que por quedarme
me hiciera herir otra vez.

No llores, por vida tuya;
no llores más, Isabel;
no llores, o fusilado
por desertor voy a ser.

Como olvidan a soldados,
¡ay! ¿me olvidarás también?
No me olvides que te quiero
para que seas mi mujer.

Para orgullo de mis hijos
y orgullo de mi vejez,
en cambio de estos galones,
charreteras te traeré.

Encomiéndame a la Virgen
y al arcángel San Miguel;
que si me sacan con vida,
fiestas les hemos dé hacer.

Ultimo toque de marcha...
dame otro abrazo, Isabel...
no llores, o fusilado
por desertor voy a ser.

II

-1Esta es la casa sin duda.
«Bendito el nombre de Dios»
¡Ah! qué prójima tan linda!
--Un soldado.... entre, señor.
--¿No fue aquí donde curaron
heridas a un tal Muñoz,
que era cabo? --Sí, primero.
--¿La niña Isabel? --Yo soy.

--Me zafaré este morral,
para entendernos los dos;
pues le traigo una encomienda
que es de mucha estimación.

Envuelta en este rebozo
de un estandarte español,
debe estar la charretera
que la vida le costó.

--¡La vida! --¡Yo soy un bestia!...
Se me ahoga... y es de amor.
Esta muchacha se muere,
si no la bañan en ron.

Ayuden que estoy de marcha.
¡Oh, qué bomba era el Muñoz!
Tenga aquí, qué ya va lejos
la cola del batallón.

LA VISION DEL CASTILLO

Vuelve a mi lado tan risueña y pura
como otras veces te miré o fingí,
como vagabas en la selva oscura
lujosa con las flores del pensil.

Ya no te pueda amar, pero la historia
de mil noches de amor te contaré,
en que, amando tu ideal, amé la gloria,
y presentí en tus besos la mujer.

¡Oh! muy más bella que radiante cielo
que tiñe el arbol en mi país,
más perfumada que su verde suelo,
te tuve, te adoré, te comprendí.

Te hallaba retozando con las brumas
que iba en las cumbres deshaciendo el sol,
o cubierta de cándidas espumas,
dormida sobre el musgo del peñón.

De la cascada el iracundo acento
arrullándote, oí languidecer:
sus nubes de oro sujetaba el viento,
velando en el arcángel la mujer.

La noche con su falda vagarosa
y su turbante de argentado azul,
no tuvo tu belleza misteriosa,
tus galas, tus perfumes, ni tu luz.

La luna iluminaba por instantes
el soto de naranjos del jardín,
y orlada de topacios y diamantes,
en la alta noche te esperaba allí.

Sobre el gramal cubierto de azahares,
en horas de impaciencia dormité,
y soñaba contigo cruzar mares,
ciudades y hombres de otro mundo ver.

Pasado el sueño te encontraba bella,
mi sien de tu regazo al levantar...
tanto amor y misterio... ¡no eres ella!
Emanación de mi alma ¿dónde estás?

¡Oh! basta de tinieblas y porvenir sin nombre;

si tantos han vencido luchando, ¡lucharé!
yo quiero que a los genios mi voluntad asombre,
dejar un sol por faro donde el escollo hallé.

Parásito ya seco de un tronco envejecido,
lanzado por los vientos a un piélago sin fin,
a sus melenas canas en la tormenta asido
quemándome sus rayos la tempestad seguí.

¡Oh, diosa de mis sueños de juventud! En vano
ya exánime y sin rumbo de nuevo te invoqué,
y errante en las tinieblas, buscándote mi mano,
creí besar la tuya, y alzóme una mujer.

Tan bella, tan amante, brindóme su pureza;
dichoso fui su esclavo, pagué su compasión,
la di mi hogar por trono; por lujo mi pobreza;
¡calmó mi sed de Lázaro su inagotable amor!

¿Me olvidarás por siempre, visión de mis encantos,
celosa de mi dicha, de tan mundano bien?
¡Oh! ¡Vuelve y dicta al vate los inmortales cantos!
Tus versos con mis lágrimas y sangre escribiré.

TEN PIEDAD DE MÍ

¡Señor! Si en sus miradas encendiste
este fuego inmortal que me devora,
y en su boca fragante y seductora
sonrisas de tus ángeles pusiste;

si de tez de azucena la vestiste
y negros bucles; si su voz canora,
de los sueños de mi alma arrulladora,
ni a las palomas de tus selvas diste.

Perdona el gran dolor de mi agonía
y déjame buscar también olvido
en las tinieblas de la tumba fría.

Olvidarla en la tierra no he podido.
¿Cómo esperar podré si ya no es mía?
¿Cómo vivir, Señor, si la he perdido?

DESPUÉS DE LA VICTORIA

I

Con albas ropas, lívida, impalpable,
en alta noche se acercó a mi lecho:
estremecido, la esperé en los brazos;
inmóvil, sorda, me miró en silencio.

Hirióme su mirada negra y fría...
sentí en la frente como helado aliento;
y las manos de mármol en mis sienes,
a los míos juntó sus labios yertos.

II

La hoguera del vivac agonizante:
infla las lonas de la tienda el viento:
olor de sangre... fatigados duermen:
de centinelas voces a lo lejos....

¡Largo vivir!.... ¡La gloria...! ¿Quién laureles
y caricias tendrá para mí en premio?
¿Gloria sin ti?... ¡Dichosos los que yacen
en la llanura ensangrentada, muertos!

EN LA NOCHE CALLADA

¡Ay! cuántas veces en las lentas horas
de la noche callada, antes que el sueño
venga a cerrar mis párpados, recorre
mi memoria tenaz los bellos días
de llantos y de risas infantiles
a que siguieron tan hermosos años!

Sus palabras de amor entonces oigo,
sus votos de constancia... no cumplidos,
y vuelvo a ver la luz de esa mirada
que hundióse en el ocaso de la vida
para ya no lucir... ¡ay, para siempre!

¡Ay! cuántas veces los amigos caros

al corazón desde la infancia unidos,
que ya no existen... mi memoria evoca,
y hallo en torno de mí sólo sus tumbas,
a do bajaron, como al soplo frío
del invierno, las hojas macilentas!...

Imagínome entonces que recorro
un salón de banquete ya desierto,
de algunas luces oscilando mueren....
donde se ven aquí y allá dispersas
las guirnaldas marchitas... lo han dejado
todos, excepto yo; y así es la vida
¡ay! ¡cuántas veces me contemplo sólo!

ELVIRA SILVA

*La mort aime à poser sa main lourde et
glacée sur des fronts couronnés de fleurs.*
--Victor Hugo.

I

¿Por qué las negras sombras de la noche
tras el vívido albor de la mañana,
y el espanto, mudez y hondo silencio,
al despertar llamándola en sollozos,
los que en el mundo mísero quedamos?

¡Arrobadora realidad creada
por el numen divino que fecunda
mi ya cansado corazón... espera!
Son tan agrias las heces que sobraron
para el final de la existencia mía...
y ayer, ayer no más las endulzabas,
celestial hechicera,
ángel consolador en mi agonía!

II

¡Espera... espera! ¡Me darán tus ojos,
santa visión del vate dolorido,
luz, esperanza y fe para: las horas
últimas de batalla... y en mis cantos,

habrá de ti misterios y fulgores,
el ritmo sobrehumano de tu acento,
estro inmortal, y vida de tu vida!

La inspiración que desbordó en tu alma
llanto abundoso que sació mi ardiente
y eterna sed de gloria... ¡vive, vive!
para lo excelso, inmaculado y grande,
para ti, la delicia de querubes,
embeleso y amor de los amores...
hálito de Jehová, luz de su mente
humanada en mujer... ¡No, vuelve al cielo,
criatura del Poeta Omnipotente!

III

Vano ensueño quizá... Delirio y gozo
del alma que memora o que presiente
la belleza inmortal... Lágrimas ciegan
los ojos que te buscan, y responden
al llamarte, gemidos a gemidos...
¡ay! tus risas, tu voz de arrullos llena
para el dilecto y amoroso hermano,
escuchar se figura y que en su pecho,
reina mimada del hogar, reclinas
la cabeza de Psiquis en que aja
las néveas rosas entre negros bucles...
y dócil prisionera de sus brazos,
finges huirle, y él...! lívida.... yerta!
sorda a sus ruegos, para siempre yace,
lujosa con las galas de la tumba
y la noche sin fin... allí, do aromas
y el calor virginal de sus vestidos
y los primores de sus manos quedan...
engañadoras prendas que de vida
hablan al arrobado pensamiento,
y de la inestable bienandanza ida
a el alma que se goza en su tormento.

IV

En silencio llorad los que la amasteis...
y dejadla dormir cándida y pura
en su lecho castísimo de niña.

Ángeles invisibles le han besado
las mejillas, hoy mustias, que antes fueron
semblanza de las flores ruborosas,
y púdica cerró los dulces ojos
en que los cielos mismos se miraron...

El féretro mullid. Larga la noche
del sepulcro será... ¡lóbrega y fría!
Poned blando cojín a su cabeza,
que en el regazo maternal buscaba
mimos ayer y juegos y caricias...
trenzad los sueltos rizos que fragantes
velan, vivos aún, el casto seno,
y con gasas de espumas arropadla
en su lecho nupcial.... ¡Elvira! ¡Elvira!
¡parece sonreír, y que respira!...
El ataúd su tálamo! Es la esposa
del blondo y bello Arcángel de la muerte;
sólo con él soñabas amorosa:
¿qué ser humano pudo merecerte?

V

¡Cómo se ha helado, inmóvil, sin abrigo,
de la noche luctuosa en el ambiente!
Resplandores del alba la circundan;
nimbo le dan a la marmórea frente,
y al fulgor celestial que la ilumina
el áurea luz de los blandones tiembla,
débil palideciendo y mortecina.

Es la mañana que las cumbres dora
y los lagos argenta en la llanura,
que acaricia tus flores, y en el huerto
besa nidos que guarda la espesura.
¿Duermes aún y tan hermoso el día!
¡Azul, azul!... ¿No ves? ¡Abre los ojos
y los purpúreos labios sonrientes:
todo amor y fragancias y alegría!
Todo a la vida y a la luz despierta...
¡Ay! sólo tú, dormida para siempre,
para siempre, muerta!

VI

En féretro de flores, al sepulcro
avanzas en los hombros de tus siervos:
reina de la virtud y la belleza,
¡trionfadora inmortal, he allí tu trono!
Tras de la pompa fúnebre y el llanto...
--¡Oh recuerdo cruel del alma mía!—
vendrá el olvido de la turba vana,
y el eco lamentoso 'de mi canto,
en el placer, la enfadará mañana.

¡Feliz te vas! feliz porque al sepulcro
llevas el corazón del caro amigo,
tierno guardián de tu niñez dichosa.
¡Ciego te sigue aún!... ¿Oyes sus pasos
en pos de ti, como en su edad primera?....
¿Qué, si no existes, en el mundo espera?

¡Te vas!... y para siempre, sorda, muda...
insensible a gemidos y lamentos
de los seres que amaste! ¿Y así pagas
la ternura y amor? ¿Qué su existencia
será sin ti, la gala y alborozo
en ese hogar de tus encantos nido,
donde pasan las horas,
lentas, cual las de dicha voladoras,
y en que todo es dolor, porque te has ido?

VII

¡Señor! ¡Señor!.... Si bella la creaste
cual la hija de Jairo, y prez y orgullo
es en tierra de gentes que te adoran;
si a Lázaro en la tumba despertaste,
porque bueno te amaba,
y oyes a los que sufren y te imploran....
en ella pon tus manos condolido;
¡levántala, Señor! y sólo tuya,
de infelices la fe y alivio sea,
del cielo su corona de azahares...
alba nube de incienso en tus altares.

¡No me puedes oír!.... Mísero humano,
transito de la tierra los desiertos;
si cruzo los aduares de los hombres,

la iniquidad odiando de los vivos...
¿por qué turbo el reposo de tus muertos?

LA CORONA DEL BARDO

Desata de mi frente esta diadema
de rojos mirtos y lujosas flores;
que ya mis sienes fatigadas quema
y emponzoñan el alma sus olores.

De fugitiva gloria vano emblema,
valióme de la envidia los furores;
de los del oro vil adoradores,
el rencor y sacrílego anatema.

Mas, ¿por qué tristes a la tierra inclinas,
muda ante mí los ojos virginales,
inundados de lágrimas divinas?

El amor inmortal, hace inmortales;
y al llegar del sepulcro a los umbrales,
coronas ¡ay!... me sobrarán de espinas.

EL DIOS DEL SIGLO

No temáis de otro dios la omnipotencia:
danzad en torno dei becerro de oro,
y ahogad, ahogad en estruendoso coro
la impertinente voz de la conciencia.

La virtud no es virtud, es impotencia;
humo el dios de Israel a quien adoro:
bien en la faz del pobre sienta el lloro;
sólo un crimen es crimen, la indigencia.

Amad a vuestro dios, que sin medida
envidiados honores os concede
y con bellas esclavas os convida:

Si de la tumba alzaros él no puede,
bastante es ya que de vosotros quede
bajo mármol aquí... carne podrida.

ZORAIDA

(Fragmento)

¡Ay! Temblamos de amor y ante el delito!
Es un crimen amarnos y le adoro:
fuerza o perdón, mi Dios, ya sólo imploro...
¿cuándo fue tanto amor por ti maldito?

Tú lo sabes... tú viste... en vano el grito
de la conciencia... muévate mi lloro
y este dolor eterno que devoro,
que va en mi frente avergonzada escrito.

Madre del corazón, mi amparo y guarda,
¿por qué tan sola y débil me dejaste,
por qué el momento de seguirte tarda?
Si le oyes y le miras... y sí amaste,
¡dime, cómo a sus pies, así vencida,
podré quitarle con mi amor la vida!

¡Un año que partiste!
¡Un año de dolor, un año entero!
sollozando, de mí te despediste...
y era eterno ese adiós; en vano espero.

¡Un año que partiste!
creer aún en tu constancia quiero...
tu esclavo vil mi corazón hiciste,
¡y me engañaste... y te perdono... y muero!

Así sus labios trémulos y ardientes
el reposo y el alma me robaron,
desde el instante mismo en que obedientes
estos a sus caricias encontraron.

Los ojos que en mis ojos se miraron
de mi traviesa voluntad pendientes,
loca de amor me vieron indolentes
y morir de dolor ¡y no lloraron!

Quedó mi corazón ahumado escombros:
huye la llama de la yerta escoria...

¡y de mi triste soledad me asombro!

¡Sus banderas! ¡Batallas!... ¡La victoria!
¡En vano, en vano al espirar le nombro:
tu amor le basta, maldecida gloria!

ADORMECIENDO A DAVID

Sueña con sus clarines y sus flores;
nada teme en mis brazos, y, dormido,
halla en ellos amor y dulce nido,
venturoso y extraño a mis dolores:
sueña del valle umbroso en los alcores,
con su novia infantil mal escondido,
los pasos... y las risas y el ruido
oír de los chicuelos buscadores.

Sueña que ya los labios maternales
balbuceándole están tiernos enojos,
y que besados los insomnes ojos,
ve sonreírle niños celestiales...
¡Infancia!... ¡Verdes bosques!... ¡Mis raudales!
¡Vergel de amor que cubren los abrojos!...
¡Pide a la muerte al menos mis despojos,
patria cruel para tus hijos leales!

Acaso de mi faz, sobre su frente
ha rodado una lágrima... ¡bien mío!
Sueña, sueña en mis brazos inocente:
yo no lloro... ¿No ves, no ves que río?
Alivia para ti mi alma doliente;
¡Calienta tú mi corazón ya frío!

¡Amar! ¡Al borde de la tumba, gloria!
Crespón y lauros... ¡Infinito anhelo!
El presente, dolor. ¡El bien, memoria!
¡Eso es vivir, y tu existencia velo!
¡Vence! Mas sin calvario no hay victoria.
¡Cúmplase en ti la voluntad del Cielo!

¡SED BUENOS!

Y pusieron en mi comida hiel; y en mi sed me dieron a beber vinagre.-
(Psalmo LXIX, v. 21).

I

No, no hay piedad ni tregua en el combate,
con tu legión de inicuos, ¡oh, fortuna!
y el lidiador valiente que se abate
ludibrio espere, compasión... ¡ninguna!

Desvelos y virtud, gloria y tormentos...
--"¡Atrás! Caed, gemid los temerarios."
--¡De sed morimos! -- "Hiel a los sedientos".
¡Sobran verdugos, cruces y calvarios!

Hijos de Pluto, reyes de la tierra
en la farsa infernal de sólo un día,
cuanto grande, la mente humana encierra
mereció vuestra estúpida ironía.

Se abisman en los antros de la muerte...
ni un eco en pos, ni huellas luminosas:
son ídolos de carne, que convierte
un soplo en cieno y larvas asquerosas.

II

Cerca la dicha está, premio y venturas
que ansié para vosotros, hijos míos,
y aun arrostro miserias y torturas...
y de almas ruines los desdenes fríos.

Mañana, conseguida la victoria
que obtengo ya con los cabellos canos,
de sus víctimas de hoy no harán memoria
hombres sin fe que os tenderán las manos.

¡Sed buenos! Perdonad; que la venganza
nunca en mi corazón mulló su nido;
quien perdona, merece bienandanza....
lo torpe y criminal es el olvido.

Recuerda y ama el nómade salvaje
selva en que miel halló, fuentes y lecho,
y cauto cruza sombras del boscaje,
donde ha visto la víbora en acecho.

III

No envidiéis los palacios que levanta
en la inmunda ciudad orgullo insano;
en torno gime la miseria santa...
¡labora y redención espera en vano!

¡Esperan paz y luz! son los vencidos
en la lid por la vida ¡oh, vencedores!...
¡Qué tinieblas, sollozos y alaridos
en la sima espantosa de dolores!

IV

¡Ah! Vosotros, mi orgullo, descendientes
del Macabeo, raza de proscritos....
que en las almas lleváis nobles y ardientes
piedad humana, gérmenes benditos.

Tened cerradas de mi hogar las puertas
al lucro y vanidad que honor desdoran;
al mérito y virtud estén abiertas,
y a desvaídos huérfanos que lloran.

Lágrimas de los pobres aliviados
son aureola celestial del bueno;
erais ellos de Job los amparados,
y amor, divino amor del Nazareno.

Por él, por mí, por vuestro limpio nombre,
sed buenos, pues que sois la sangre mía,
y nunca os intimide ni os asombre
de la turba venal la befa impía.

PRO PATRIA

Al hosco morador de los desiertos
no le pidas aún trovas galanas;
de aquellas soledades infinitas
traigo el silencio y sombras en el alma.

Ante el fecundo laborar humano,
al noble y fuerte corazón no bastan
coronas de poeta, en los festines
y en el estéril ocio conquistadas:

Troqué a los faunos mi laurel salvaje
por los secretos que los Andes guardan,
y a mis pies, tenebrosas, vi entreabrirse
las tumbas de las selvas diluvianas.

Yelmo que ciegue al sol, áureos ropajes,
en vez de los plumones de la indiana,
soñé ofrendarte, redimida sierva,
¡madre gloriosa, de mis hijos patria!

Los ojinegros ángeles del Funza
tienen poetas de divinas arpas:
pasó mi juventud con mis cantares,
la muda noche de lo eterno avanza.

Al hosco morador de los desiertos
no le pidas aún trovas galanas:
del *dinde* que sacuden aquilones
ruedan las mustias flores en la pampa.

A ORILLAS DEL TORRENTE

Del raudal rumoroso en las riberas
mirábamos del sol la última luz
en las copas jugar de las palmeras,
y abajo, en lejanía,
con los oleajes de la mar bravía,
en el confín del horizonte azul.

Pálida cual los nardos que en su frente a
jaba el frenesí de mi pasión,
--mira, dijo, ya en vano
resistir quiero a tu poder ufano,
el raudal eres tú, yo soy la flor.

Césped de nardos su sepulcro alfombra
do en mis brazos durmió junto al raudal,
y las palmeras que voluble sombra
nos dieron otros días

de juventud y locas alegrías,
sombra al sepulcro dan.

EL REGRESO

Cobré impaciente mi valor perdido,
porque espantoso el porvenir temía;
el zaguán traspasé, grité ¡María!
y despechado, y loco; desmonté.

Boté la brida, me lancé a la sala,
una joven me vio, salió llorando,
asióme al cuello, la miré temblando,
y en mi seno ocultó su helada sien.

Ansioso la abracé, lanzó un gemido...
--¡te vuelvo a ver, angelical María!
--Pobre de ti --exclamó la hermana mía—
--¡Emma! --la dije-- y a mis pies cayó.

Salió mi madre al fin, corrió a abrazarme
--¡hijo de mi alma! --dijo sollozando—
--¿Do está María? -- pregunté temblando--
--¡En el cielo!-- mi madre murmuró.

ALLÁ MUY LEJOS

Por la selva azúrea do vagan las hadas,
de la excelsa luna al glauco fulgor,
iremos buscando las cosas aladas,
los pájaros de oro, los versos de amor.

Los lotos inclinan sus flores azules
como las pupilas de ideal mujer;
yo te cuento el cuento de las blancas Thules
y beso tu boca de rosa de té....

Los pájaros tienen dorados los picos,
hay muchos jardines de lirios de luz,
y esbeltas palmeras de mil abanicos,
y palomas novias y cisnes de tul.

Es la selva lejos de la fantasía,
de los parques de ópalo y blanco cristal;
un cielo de idilio, y amor, y poesía,
.y ensueños, y risas, y besos de paz.

¡Vente, diosa mía! ¡Princesa preciosa,
de ojos soñadores, de labios de hurí!
Yo pondré en tu frente una mariposa
como un lazo rojo de un rojo rubí.

Y siempre buscando las cosas aladas
de la excelsa luna al glauco fulgor,
yo té diré cuentos de gnomos y de hadas,
mientras tú te duermes en mi corazón.

LAS HADAS

Soñé vagar por bosques y palmeras,
cuyos blondos plumajes, al hundir
su disco el sol en las lejanas tierras,
cruzaban resplandores de rubí.

Del terso lago se tiñó de rosa
la superficie límpida y azul,
y a sus orillas, garzas y palomas
posábanse en los sauces y bambús.

Muda la tarde ante la noche muda,
las gasas de su manto recogió;
del lindo mar, dormida en las espumas,
la luna hallóla y a sus pies el sol.

Ven conmigo a vagar bajo las selvas
donde las hadas templan su laúd;
ellas me han dicho que conmigo sueñas
y que seré inmortal si me amas tú.

LA VUELTA DE LA PALOMA

Paloma que di a la aldeana
que se goza en mi martirio,
pronto vuelves a posarte

sobre mi techo pajizo.

Triste vuelves, que tu arrullo
de dolor es claro indicio,
ven y llora junto a mí,
que así lloraré contigo.

Ven y cuéntame tus penas
y causa de su desvío;
ven y pósate en mis hombros,
que aun desdeñada te envidio.

El perfume de sus manos
traerá tu plumaje lindo,
o bajo el ala de nieve,
de sus cabellos un rizo.

¿Te ha guardado en su regazo
de los rigores del frío?
¿Sobre su seno turgente
insensible habrás dormido?

Tú sabes cuán deliciosos
son sus labios purpurinos,
porque acaso muchas veces
aprimaron tu pico.

Paloma, vuélvete a ir
a contarle cómo vivo
en las ásperas montañas
por su sombra perseguido;

que he formado para ella
de bellísimas y mirtos
una gruta en que las flores
que más le agradan cultivo;

que aquí el bosque es silencioso,
puro el cielo, manso el río,
embriagadoras las auras
y los lagos cristalinos;

que cuando la luna baña
los follajes movedizos,
oigo su voz en el viento
y en las sombras su suspiro.

¡Ah! si tardas, cuando vuelvas
harás de tu amor el nido
en el soto de cipreses
do cavo el sepulcro mío.

Pero antes deja a mi boca
besar tu rosado pico,
y haz que pronto ella lo oprima
con sus labios purpurinos.

LA TIERRA MADRE

Envejecido en el dolor, ya quiero
dormir en tu regazo, vega umbría,
do el Cali en sus murmullos repetía
cantos de mi niñez y amor primero.

Sobre la verde falda del otero,
de naranjos cercad la tumba mía,
do arrullos se oigan al morir el día
y trisque y zumbe el colibrí pampero.

No pongáis los emblemas de la muerte
de mi vida futura en los umbrales:
ni polvo fué, ni en polvo se convierte

la esencia de los seres inmortales...
Ascender es amar; odio es caída,
y orbes sin fin la escala de la vida!

DUERME

--No duermas, suplicante me decía,
escúchame... despierta--,
Cuando haciendo cojín de su regazo,
soñándome besarla, me dormía.

Más tarde ¡horror! en convulsivo abrazo
la oprimí el corazón... ¡rígida, y yerta!
en vano la besé-- no sonreía;
en vano la llamaba-- no me oía;

la llamo en su sepulcro, ¡y no despierta!

“¿SOÑÉ?”

He soñado feliz que a tu morada
llevóme en alta noche amor vehemente:
creí aspirar el delicioso ambiente
de moribunda lámpara velada:

sobre muelles cojines reclinada,
dormir fingías, voluptuosamente,
la cabellera de ébano luciente
sobre níveo ropaje destrenzada.

Trémulo de emoción, tus labios rojos
oprimí con mis labios abrasados...
pudorosa y amante sonreíste:

¡No bajes, por piedad, los dulces ojos;
brillen por el placer iluminados
haciendo alegre mi existencia triste!

UN NUEVO MOTOR

Gratas memorias del hogar paterno
que acarician mi mente enamorada,
voluptuosas creaciones del proscrito
¡fragantes cual las flores de mi patria!
Venid conmigo a la colina triste,
por arreboles pálidos bronceada,
y escuchareis el canto lastimero
que inspira la oración al extranjero.

Sentado allí sobre la piedra grande
que va escalando la espinosa zarza,
sobre mis manos mi cabeza débil
melancólicamente reclinada,
miro la noche que de oriente impulsa
sobre los cielos su luctuosa gasa,
y escucho del lejano campanario
el son, en mi paraje solitario.

Acentos quejumbrosos de la tarde,
suspiros que venís de la montaña
los balidos trayendo del rebaño,
con los cantares que el labriego ensaya;
rumor confuso de sonora fuente,
helado cierzo que silvando pasas...
me alivia vuestra fúnebre armonía,
murmullos que al morir modula el día.

Óyeme ¡oh, sol! tu lívida lumbrera
bañe desde las cumbres azuladas,
cual la antorcha de un féretro, los valles
donde las sombras de la noche vagan,
la espuma argente del lejano río,
del templo abandonado la cruz parda,
mientras llegando la tiniebla impura
te arroja su enlutada vestidura.

En vano busco los hermosos sitios
do las tardes pasaron de mi infancia,
donde a la luz del arrebol lujoso
las sencillas leyendas me contarán;
no escucho la castruera melodiosa
del labriego al volver a su cabaña,
el cuerno del pastor, ni los graznidos
de aves que buscan sus ocultos nidos.

Hora de arrobamiento doloroso,
indiferente al lloro que derrama
en silencio ante ti la desventura,
en él tu velo de crespón empapas;
toma también el llanto de mis hijos,
y a saludarte volveré mañana,
sobre el negro peñón de la colina
o entre los cardos de la triste ruina.

OLVIDO

Si a voluntad del corazón pudiera
oír sus celestiales armonías,
como en las horas de mi edad primera,
los suspiros del viento en las umbrías;

si luz que en sus miradas reverbera

viniese a iluminar las noches mías,
como argentó la luna placentera
las noches ¡ay! de mis felices días;

¡cuánto que aquí en la mente, grande y bello,
surge, y muere al nacer desconocido,
brotara de sus ojos al destello!

¡Cuánto!... ¡Locura! Hiel... dolor, ruido
fue la existencia, y tus umbrales huello,
¡oh, muerte! ¡Ansiando desamor y olvido!

EN LA TUMBA DE UN SUICIDA

Yo vine de tu huesa abandonada
a llevar por recuerdo algunas flores;
la virgen de tus últimos amores
sus lágrimas voluble te negó.

Fuera del santo sepulcral asilo
huella tu fosa indiferente el hombre;
una cruz te negaron y tu nombre...
¿qué importa el mundo, si perdona Dios?

LA TIERRA DE CÓRDOBA

Al golpe de tus cíclopes retiemblan
montañas, do la red
está de las profundas y codiciadas venas
que hacen argento y oro, ya en luz, resplandecer.

Y tus colonos van de cumbre en cumbre
al septentrión y al sur,
segando vastas selvas bajo dosel de nubes:
vigor es su derecho, y su arma la segur.

En torno de su hoguera chispeadora
descansan a placer
los héroes, oyendo burlones las historias
que cuenta de mohanes un viejo montañés.

Pronto las mieses ondulantes bordan

las vegas, al amor
de la cabaña linda que niños alborozan
a orillas del torrente de plácido rumor.

Al viento da su prole zumbadora
la colmena montés,
y en el hogar piando su nuevo nido forma
la golondrina errante, del hombre amiga fiel.

Ubres turgentes la vacada brinda
rumiando en el gramal,
y cantos de doncellas y sus alegres risas
se oyen en las frondas lozanas del maizal.

EN LOS DESIERTOS DE ARIGUANI

(A Lisímaco y Jorge)

I

¡Cuán lejos de las márgenes galanas
y verdes ribas de mi patrio río,
do volarán agora las tempranas brisas
que anuncian el lujoso estío!

¡Excelsos montes! ¡Vívidas mañanas!
¡Viajeras aves del azul vacío,
del niño trovador coro y hermanas,
cantad, cantad en el sepulcro mío.

¿Cómo hasta aquí? ¿De do la desventura,
mi corazón, si amar fué tu grandeza
y el bien de los humanos tu locura?

Es de campo fecundo la maleza,
y hay en las heces del dolor, dulzura,
como en las heces del placer, vileza.

II

¡Retrozos de sus ondas cristalinas)
¡Naranjales en flor de sus riberas!

¡Ecos de las canciones campesinas
al descender la noche a las praderas!

El chozo aquí, de gentes peregrinas,
aullar lejano de nocturnas fieras,
el viento que sacude en las colinas
calvas, follajes mustios de palmeras....

¿A dónde más? ¿Por qué? Nunca victoria
alcanzó juventud afeminada,
cuando labor exigen Patria y Gloria!

Si está el martirio al fin de la jornada,
merezcamos de mártires memoria
¡y no tumba de mármol desdeñada!

LA NOCHE LLEGA...

Contemplando estas pampas se medita,
valle nativo, y ante ti se sueña;
donde yace el sepulcro de mi dicha,
dadme una tumba do tranquilo duerma.

¡Morir es olvidar! y ella mentía:
"Yo juro amarte hasta después de muerta"
la terrible jornada está concluida!
¡Ay! dejadme morir, ella me espera.

¿Olvidarán los muertos? ¡Ay! si olvidan,
mi tierra devolved pronto a la tierra,
libradme de las heces dula vida...
¡Sólo las heces en la copa quedan!

Contemplando estas pampas se medita,
valle nativo, y ante ti sé sueña;
¡donde yace el sepulcro de mi dicha,
dadme una tumba do ignorado duerma!

RIMA

Los sauces alineados del camino
dejaban soñolientos

sus verdes plumajes peinar a los vientos,
jugar con sus sombras a un sol mortecino.

Ya nada nuestros labios se decían,
mas sus ojos buscaban
mis húmedos ojos, después que miraba
los últimos rayos del sol que morían.

Vencida por mi amor y su ternura
reclinaba inocente
entonces en mi hombro su pálida frente,
turbando su peso mi marcha insegura.
Vegas del Medellín, ¿qué se juraron
su corazón y el mío?

Llebadme a las vegas que baña ese río,
volvedme esas noehes que nunca tornaron.

IRA SANTA

Cuando se elevan ídolos de arcilla,
y se convierte en sombra lo que alumbra,
y oprime a la verdad lo que deslumbra,
y cae la virtud que no se humilla;

cuando a todos se dobla la rodilla,
y su saliva lanza en la penumbra,
lo que se arrastra a lo que audaz se encumbra,
lo que se esconde a lo que siempre brilla;

cuando pérfida mano apaga artera
lo que en la noche a iluminar aspira,
lo que en la frente fulgurar espera,

cuando al ara de Dios llega la mofa,,,
¡que se convierta en látigo la lira,
y se convierta en bofetón la estrofa!

SU SOMBRA

Cuando el mar de Colón en alta noche
de súbito enmudece y anonada

sus iracundas olas,
es que veloz y fulgurante pasa
¡de Bolívar la sombra!

MARTINA Y JACINTO

Estamos en julio,
y ayer fue domingo.

Martina, más bella
que nunca, fue al sitio,
después de la misa
volvió con su tío.

El dióla *candongas*
con uvas de vidrio y
una gargantilla
de granates finos.

Como en el mercado
le dijo Jacinto
que sin falta fuera
por la tarde al río.

Como la ama tanto,
como su marido
será en Noche-buena,
según los vecinos,
y es mozo tan guapo,
y apenas cumplidos
los diez y ocho
tiene su fe de bautismo.

Martina temprano,
se fue para el río.
Ciñóse más alta
la falda en el cinto,
que así no la rompen
las zarzas y espinos,
al aire dejando
sus dos piesecitos,
y aun más entre encajes
los blancos tobillos.

Tomó la montera
que madre le hizo
de paño celeste
con grana por vivos;
llevóse tres puchas
de arroz bien molido,
y el perro tras ella
salió dando brincos.

Gozosa bajaba
de Sirgua el camino,
cantando las *vuel*tas
que canta Jacinto;
prendió batatillas
de sus negros rizos;
cortó en las moreras
hermosos racimos,
y, ansiosa de verlo,
cuando eran las cinco,
lo esperó lavando
su arroz en el río.

Bramaba el torrente
soberbio y crecido.
--¡Si viene, quién sabe!
Pero él me lo dijo...

No hay puente
¿qué haremos?
¡No pases, Jacinto!
Pero él a las aguas
lanzóse atrevido,
que, viendo a Martina,
no teme peligros.

Las olas lo azotan.
--No pases, Dios mío!
Y ahogaba sus voces
el ronco estampido
de bombas del agua
que rompe el granito.

El perro impaciente
sus tristes aullidos
en vano repite.
Rugiendo y henchido

de hirvientes espumas,
derrámase el río.

Aún, lucha el mancebo,
y débil, caído, levanta su rostro
en sangre ya tinto.

De hinojos Martina,
en él sólo fijos
los ojos, oraba.
--¡Dios Santo! ¡Dios mío!
¡Ya llega! ¡Se salva!
¡Mi amor! ¡Mi Jacinto!

Las aguas ahogaron
su adiós. Un gemido
Martina exhalando,
que humanos oídos
jamás escucharon,
lanzóse en el río.

Llevó contra el seno
los restos queridos
buscando sus labios,
los labios ya fríos.

Por entre peñascos
rodaron asidos....
Se vieron... ya nada....
un último grito....
El bulto lejano
se hundió en el abismo.

El sol macilento
velaba su disco,
de cumbres distantes
bronceando los picos.

Ni el ruido del viento
se oyó; ni un graznido;
no más que el estruendo
constante del río.

La noche turbando
con ronco alarido,
el perro a la casa

volvióse del río.

La linda montera
con grana por vivos,
que a la bella niña
su madre le hizo,
llevaba en la boca,
su azul desteñido;
cubierta de espumas;
soltóla y un grito
la madre exhalando,
cayó sin sentido!